

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## COSAS QUE NO GUSTAN

Con este artículo comienza hoy la colaboración de Julián Marias en estas páginas de «Tribuna de la Vanguardia». Filósofo ilustre, ensayista agudo, viajero curioso, observador fino de la realidad que tiene en torno, Julián Marias tiene además el don de la exposición amena, como atestigua su extensa bibliografía, reunida ahora en la edición de obras completas en curso de publicación. Estamos seguros de que la presencia del gran escritor en estas páginas habrá de interesar vivamente a nuestros lectores.

**IMPORTA** sorprender los rasgos fisiognómicos de una sociedad o de un grupo de sociedades, es decir, de una forma de vida humana en una época determinada. Aunque las naciones siguen siendo las unidades más plenas y saturadas —en muchos casos encrespadas, especialmente las que nunca han sido ni son aún naciones, en una curiosa erupción de nacionalismos fomentada por los «internacionalistas» de profesión—, no cabe duda de que para muchos efectos existen hoy amplias sociedades más tenues pero muy reales, cuya efectividad es visible, dentro de las cuales tendrán que vivir las naciones si no quieren convertirse, en espacios confinados o en manías colectivas. Una de estas sociedades es Europa —aunque escindida—; otra, Hispanoamérica; otra, los Estados Unidos y probablemente el Canadá; otra, aún más vasta pero «no menos real» y que engloba a las tres, lo que llamamos Occidente. Análogamente se podrían precisar las articulaciones efectivas y no convencionales, sociales y no políticas, del resto del mundo. Tarea sugestiva que, como casi todas las que lo son, está por hacer.

En los países occidentales —en uno, con más intensidad que en otros— creo advertir un rasgo que me parece inquietante. Lo formularía mejor que de cualquier otro modo citando un párrafo de una carta que Goya escribió a su amigo Zapater en 1790, que no escapó al olfato de Ortega, el cual descubrió en él la clave del drama histórico del siglo XVIII, la pugna entre ilustración y populismo.

Goya, amigo de juventud de Zapater, que

habla quedado en la Zaragoza de sus mocedades, le escribía con frecuencia y con plena confianza, bajando las defensas, sin guardias ni disciplinas. Le manda desde Madrid, desde su condición de pintor de cámara amigo de aristócratas e ilustrados (y de aristócratas ilustrados), unas tiranas y unas seguidillas, de las que hacían estremecerse de felicidad —contada o no— a los hombres y mujeres del siglo XVIII; y le dice:

«Con qué satisfacción las oírás. Yo no las he escuchado todavía y lo probable será que nunca las oírás, pues no voy ya a los sitios donde podría oírás, porque se me ha puesto en la cabeza que debo mantener una determinada idea y guardar una cierta dignidad que el hombre debe poseer, con lo cual, como puedes creerme, no estoy muy contento.»

Hay dos elementos distintos en estas frases de Goya: por un lado, la disciplina, la exigencia, el vivir según principios, según lo que se llama —con peligrosa expresión— un ideal; del otro, la ingenua confesión: «con lo cual, como puedes creerme, no estoy muy contento»; es decir, el vivir contra las aficiones, contra los gustos; si se aprietan las cosas, contra la vocación; porque cuando se sigue la vocación, lo que rebosa por encima de todo, esfuerzos, penalidades y sinsabores, es precisamente el «contento».

Temo que nuestro mundo está puesto cada vez más a cartas que no siente, que cada vez se hagan más cosas que «no gustan» (y, lo que no es menos grave, dejen de hacerse las que gustan). Hay demasiadas personas —sobre todo jóvenes, pero no exclusivamente— que piensan que «deben» leer ciertos libros, escuchar ciertas músicas, ver ciertos espectáculos, buscar ciertas «experiencias», vestir según cierto estilo, rendir culto a algunos «héroes», suscribir determinados dogmas políticos; con lo cual, a lo que parece, no están muy contentos.

Como los jóvenes tienen una potencia considerable de alegría —por debajo de sus tarjagos, melancolías y desesperaciones, que naturalmente «gozan»—, hay un contenido que sobrenada por encima de todo, que lo salva todo, y su misma juventud les da una salvadora con-

ciencia de «provisionalidad». Quiero decir que aunque al joven no acabe de gustarle lo que hace, en todo caso le gusta vivir, y además piensa que aquello pasará, que se desprenderá de esa camisa inauténtica, como la serpiente de su piel, y sobre todo que «hay tiempo para todo» —porque esa es su riqueza.

Más dramático resulta este fenómeno en los que ya están dentro de la vida. En ellos, la conciencia de irreversibilidad del tiempo es clara, y se une a la de que no les queda mucho, que sus disponibilidades son limitadas —es, por supuesto, la situación de Goya, que tenía ya cuarenta y cuatro años muchos para aquel tiempo, y no podía contar con los que su longevidad le guardaba todavía, nada menos que treinta y ocho—. Cuando el hombre maduro empieza a hacer cosas que no le gustan —o a privarse de aquellas que le dan ilusión, en las que acaso solía complacerse hasta entonces—, tiene la inequívoca impresión de estar perdiendo la vida. Y entonces se derrama por su alma, no la melancolía que suele acompañar a la intensidad vital, sino la amargura del malgasto y el desperdicio.

La mayor agudeza de este temple se da entre los que podemos llamar, para simplificar las cosas, los «creadores». Cada vez hay más escritores que escriben libros que no les gustan, pero que son «los que hay que escribir», los que «se llevan»; y del mismo modo pintan —o no pintan— los pintores; componen música los músicos, hacen películas los directores cinematográficos.

Y en política, proponen, propagan, defienden sistemas bajo los cuales les produciría horror vivir —una prueba de ello es que, en la medida en que es posible en la realidad, nunca viven en aquellos que dicen preferir, y más bien buscan los que suelen condenar—. Yo diría que tienen la esperanza de que sus ideas no triunfen, que cuentan con ello y se abandonan a un juego que, en verdad, puede resultar peligroso. Porque nunca se sabe.

La prueba de la insinceridad de muchas estimaciones contemporáneas está en su fugacidad. Tengo ganas de hacer un censo de los «valores» o «prestigios» que han parecido tener vigencia en España desde el final de la

guerra civil; será interesante precisar qué ha sido de ellos, adónde han ido a parar en su mayoría, cómo se han perdido en el olvido o el desdén, incluso por parte de los grupos que los exaltaron, mientras que sobrenadan otros que no parecían existir, o fueron desconocidos o negados. En uno u otro grado, estas cuentas podrían hacerse en todos los países.

Mientras se ha solido observar en la vida y en la creación de los hombres la huella de sus devociones, de sus admiraciones, de sus maestros; la adhesión a formas de belleza, a estilos, a placeres, hoy empieza a ser frecuente el desapego, que lleva a curiosas formas de «infidelidad», de deslealtad con el propio pasado, unida a una angustiada ausencia de fricción en lo que se hace. El número de libros escritos sin gusto, con mal humor, con acritud, es sorprendente; de libros que resultan lo que nunca han sido los grandes libros de ninguna época: «antipáticos». Y lo mismo se percibe aunque es más difícil de expresar, en la pintura o la música o, lo que más importa, el estilo vital.

El creador, por mucho que sufra, siempre «la goza». Y esto es lo que pasa con la vida auténtica, que puede ser dolorosa y hasta frustrada, pero a última hora está hecha de felicidad. Son legión los contemporáneos nuestros que «están» en cosas que ni les interesan ni les gustan. Es sorprendente la monotonía de las «entrevistas»; todos preguntan las mismas cosas: la «contestación» juvenil, la violencia, cuatro o cinco autores de los cuales nadie «vive» y que pasarán sin dejar rastro; y un supuesto: que la realidad es lamentable, que el mundo no vale la pena.

Perdóneme el lector si lo que voy a decir es un rasgo de «juvenilismo» a destiempo —pero no puedo impedir el sentirme todavía, al menos algunos ratos, razonablemente joven—: tengo una impresión de «provisionalidad»; creo que los fenómenos que acabo de describir, si caemos en la cuenta de ellos, van a durar poco. Si no me engaño, son consecuencia de una pasajera crisis de la imaginación.

Julián MARIAS

## EL TABU DE LA «SERIEDAD»

DE momento resulta difícil pronosticar qué «quedará» de toda esa serie de revueltas y revoltijos que las jóvenes generaciones han desencadenado sobre la triste, agresiva sociedad de Occidente. Será mucho, supongo. Al fin y al cabo, el «cambio» —o los cambios— no vienen provocados por los chicos, sino por factores objetivos, de índole económica y social, cuya repercusión convulsa, de largo alcance, aún no sabemos calcular. La incidencia juvenil sólo es un síntoma, desde luego. Pero a ella vinculamos el espectáculo y su significación. De ahí que, de vez en cuando, los nostálgicos de la «calma» anterior tiendan a confiar en que las aguas vuelvan a sus cauces: «¡Ya se harán viejos, y les llegará el turno de convertirse en notarios, en tenderos, en contables, en ingenieros agrónomos!» Más o menos, y salvando lo abigarrado del catálogo profesional, algo así ocurrirá. Aunque no del todo. Esto es lo importante: nada volverá a ser como antes. Ni el comportamiento de la gente, ni sus convicciones, ni sus preferencias, irán por otros caminos. El giro es irreversible. No se trata de «modas». Ni siquiera en la pequeña anécdota del vestir... Por supuesto, la «moda» cuenta y seguirá contando, y en la indumentaria más que en otros ramos: las dimensiones de las faldas, la variedad de los cintajos y los colgantes, el colorín de los tejidos, continuarán sujetos a una mayor o menor sustitución periódica, porque lo exige la buena marcha de la industria y el comercio. Sólo que ya se rompió para siempre el tabú de la «seriedad» de la ropa. Digamos «seriedad», provisionalmente.

La propensión a ponerse sobre el cuerpo trapos vistosos, dices, pasamanerías divertidas, o bien —por el contrario— prendas desastradas, diversamente reñidas con el decoro y hasta con la higiene, o de materiales burdos, es, sin duda, una «novedad» que los muchachos de las últimas hornadas han promovido con alegre eficacia. Las personas mayores miran con malos ojos lo que llaman el «carnaval» de sus retoños. El malestar adulto es general: se da en las familias de alto copete, y en las de copetes menos altos. La operación de «vestir» —de vestirse— había conseguido unas formulaciones aproximadamente canónicas, a las cuales se adherían unos y otros, ricos y pobres, gordos y delgados, rojos y azules. Había de por medio el vago y capcioso concepto de la «elegancia», sí. Pero la «elegancia», para serlo, tenía que evitar la «extravagancia». Lo de ahora parece «extravagante»: nos lo parece a los que, cumplidos los cuarenta, procuramos no mojarnos la barriga. A las mujeres se les dejaba un margen de veledad: en principio, se consideraba oportuno para garantizar la perpetuación de la especie. En la llamada «guerra de los sexos», las señoras y las señoritas empleaban el traje y el perfillo como arma «atractiva». También existía el designio de traducir en atuendo la jerarquía pública: sotanas, uniformes, libreas, togas, y demás paños insignes, o no insignes. El calzón corto del mayordomo y la cofia de la chacha pertenecen a este sector. Todo eso es obvio y conocido. Pero lo «normal» era otra cosa: era un tipo de funda textil básicamente anodino, que se diferenciaba un poco en el corte y la confección, y un poco más en la calidad de las telas, y ahí acababa el asunto.

Cuando hojeamos una «historia del traje» que lleve ilustraciones, advertimos enseguida que esa «monotonía» a que está-

## FANTASIAS PARA LA ROPA

bamos —y estamos— acostumbrados no es demasiado antigua. Data de principios, quizá de mediados del siglo XIX: según las regiones y las clases. Antes de esa frontera cronológica, el vecindario solía vestirse de maneras curiosamente divergentes. El pueblo labrador o artesano se apañaba como podía, a tenor de sus recursos y de las necesidades del clima, y de ello sale lo que hoy calificamos de «traje típico del país», de «cualquier país», tan grato a los etnógrafos, a los patriotas sentimentales y a los organizadores de cabalgatas. Los individuos de riñón bien cubierto se ponían casacas, mantos, lobs, gorgueras, gramallas, peplos, y lo que viniera al caso, según el tiempo, el rango y el humor cortésano. Basta entrar en un museo discretamente dotado para certificarlo: las familias acomodadas se hacían retratar al óleo, y disponemos de una vasta iconografía acerca del particular. Pero alguien inventó el telar mecánico, y comenzaron las «revoluciones»: la Industrial, la Francesa, la de la Vestimenta. Todas son una y la misma, en el fondo. De ella derivan el pantalón de tubo, la camiseta interior, el calcetín, las sayas, el calzoncillo, la americana, la blusa, la levita, y lo demás. El ropero doméstico del XIX es hijo de la «industrialización»: elimina los zaragüelles, los capisayos, los corpiños, las hopalandas, los chopetines, los jubones, y codifica el vestuario de la población civil. Era una cuestión de precios y de comodidad. Los sastres ayudaron mucho a la maniobra. Y no tanto, pero lo suyo, las modistas.

Hemos vivido más de un siglo en este planteamiento. Una foto de panorama callejero de los años diez o veinte —del nuestro, se entiende—, nos da la evidencia: el peatón subalterno va con pantalones de pana, un largo guardapolvo laboral y una gorra aflicta; los señores transportan unos chaqués severos y unas chisteras o unos hongos aburridos; ellas, las respectivas esposas e hijas, ostentan faldas hasta los talones, y sólo —vistas a distancia— se distinguen unas de otras porque en unas son pingos o simple modestia, y en otras, encajes, plumas y firuletes. Me estoy refiriendo a áreas urbanas, claro está. Y era lógico. Se hacía más barato y más confortable vestirse así, que prolongar la variedad, complicada e insatisfactoria indumentaria de las épocas anteriores. Las ciudades de Europa perdieron el cromatismo que podemos imaginar a la vista de un Brueghel o de un Goya, pero sus habitantes se sentían mejor instalados dentro de sus ropas. Desaparecieron las braguetas insolentes del XVI y el XVII, se olvidaron las zamarras y los biales, el figaro de convirtió en chaqueta. Perduró lo que era inevitable: el balandrán del vicario, los bordados del embajador, los galones del coronel, y, sobre todo, las fantasías de las damas. La multitud masculina indiscriminada —burgueses y proletarios— se aprovechó de las ventajas del telar mecánico. Es una manera de decirlo. Y esto es lo que a estas alturas entra en crisis. Sube el nivel de vida, la ciudadanía neocapitalista se constituye en «demanda» enérgica, y los fabricantes de tejidos han de espabilarse para ganar sus cuartos. Los adolescentes han tomado la iniciativa.

Lo de menos es la transhumancia disidente: digamos hippies, o como se quiera. Se cubren con andrajos, e incluso prefieren no cubrirse, y no será yo quien les reproche el gusto: les envidio. Pero el resto de la oleada joven acude a las «bou-

tiques», o a las «sub-boutiques» de barriada, a la caza de un pedazo de tela sorprendente. Y se colocan encima amuletos, collares, botones, de notable alegría visual. Los sociólogos sostienen que en ello hay, explícito, un gesto de desafío a los papás y a las tías. Pero cuando uno circula un poco por una gran ciudad, y asiste a un cóctel literario, por ejemplo —mi experiencia no va más allá—, observa que son «papás» y «tías» quienes adoptan las gracias del «unisex» o de lo que se presente. Como mi óptica es resueltamente puerberina, rural y desconfiada, me es muy fácil y ameno detectar el fenómeno. La victoria de los jóvenes —suponiendo que sea de ellos— salta a la vista: van ganando adeptos entre los proyectos. No: no es sólo el reto de los muchachos. Es que la opción de vestirse como a uno le da la gana empieza a ser posible. Los muchachos iniciaron la cosa, y los mayores, que odian ser «mayores», les siguen. Todavía se limita la cosa, a círculos, esnobes y sofisticados. Pero es una cuestión de tiempo. Dentro de veinte años a lo sumo, los funcionarios de cualquier compañía de seguros o de la Administración Central, acudirán a sus oficinas vestidos con alegres detalles. Hoy ya se ven barbas y melenas poco circunspetas, en dichos locales. Dejemos que pasen los días, y ya lo verá quien lo vea.

Nos cuesta creer —estupidez palmaria, por nuestra parte— que un registrador de la Propiedad pueda ejercer sus funciones vestido a la «moda» del Carnaby Street o como un estudiante de la Universidad de Berkeley. Todo se andará. Ahora nos parecería una ofensa —lesa majestad— a la Ley Hipotecaria, texto sagrado si los hay. Pero acabaremos acostumbrándonos. Bueno: acabarán acostumbrándose quienes hayan de acudir a sus servicios... ¿Que «el hábito hace al monje»? Sería temerario discutirlo. En muchos países africanos, tras la descolonización, los miembros de los tribunales de Justicia aparecen en público con pelucas empolvadas y trajes talares, como los jueces de la Inglaterra metropolitana. Parte de su autoridad depende del atavío. O, al menos, pertenece al orden de la liturgia social. En un área donde el taparrabos es lo corriente, el montaje setecentista y ultraeuropeo del Foro ha de tener una eficacia moral notoria. Es la relatividad de las cosas de esta vida. Entre nosotros, que andamos hacia la «era post-industrial», una percalina más o menos, un tergal de este tipo o del otro, un adorno quizás escandaloso, carecen de importancia. Por primera vez desde que el hombre es hombre —superado el Neanderthal, quiero decir—, podemos vestirnos como más nos plazca. No obligados por el frío ni por el calor, ni por unas «convenciones» que en definitiva respondían a un estadio muy concreto de los medios de producción, sino cada cual a su modo, en la medida en que pueda pagarlo. La promoción de mi edad se contenta con una corbata voluptuosa, como máximo. Los que vienen después tendrán otras opciones. Y harán santamente, si las aprovechan. En última instancia, el vestido no deja de ser una tontería. Pudor, intemperie y salubridad aparte, huelga decirlo.

Joan FUSTER

### ACADEMIA PELUQUERIA SEÑORAS

Aprenda el Oficio del Porvenir

Enseñanza rápida, sistema único, garantizamos la enseñanza completa  
Profesoras señoras Felipe y Vergili. Calle Lauria, 24, entlo.

### FRUTA

DEL PAYES A SU MESA

Precio fijo todo el año  
Dirigirse a APRACOSA (Almenar-Lérida)  
Sr. Quero-Alós. Telfs. 245-03-43, 226-21-65,  
236-08-14 y 325-43-43.

### HERNIADOS

Usad aparatos HERNIUS, cómodos, seguros e imprescindibles, que se llevan sin notarse (C. P. S. 1391). VISITENOS SIN COMPROMISO

GABINETE ORTOPEDICO HERNIUS. 34, Rbla. Cataluña, 34, pral.